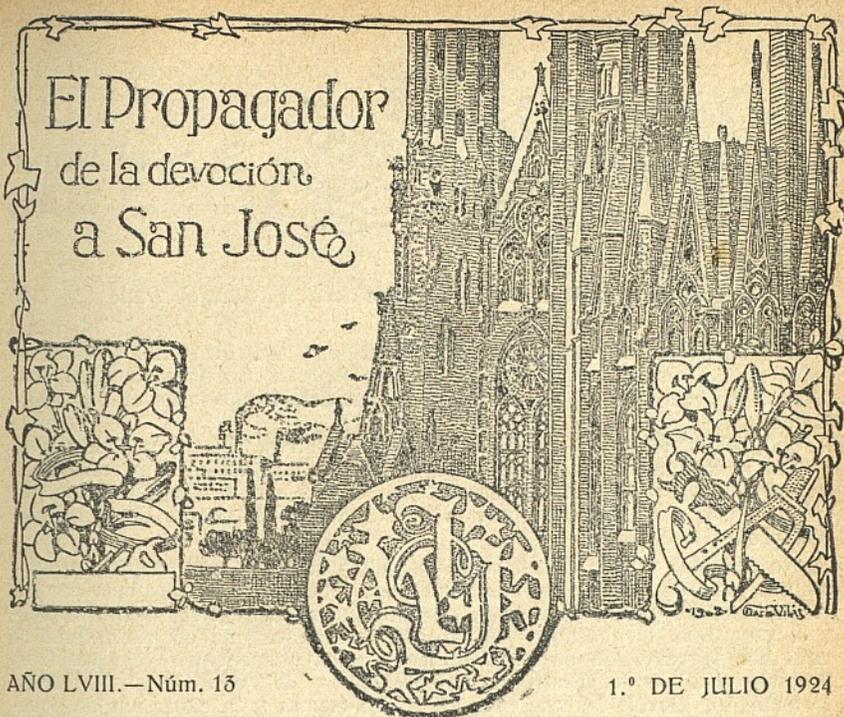


# El Propagador de la devoción a San José



AÑO LVIII.—Núm. 13

1.º DE JULIO 1924

## SUMARIO

*Premio al que ha logrado más nuevas suscripciones (cubiertas).—Oración para el mes de junio.—Discurso de S. S. el Papa a los socios de las Conferencias de S. Vicente de Paúl.—A gusto en la propia profesión.—María visita a su prima Isabel.—Respuesta de una teóloga josefina.—El teléfono.—Crónica edificante.—Limosnas recaudadas en mayo para la construcción del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia.—El jaco del tío Fa-chenda (continuación).*

## ORACIÓN PARA EL MES DE JUNIO

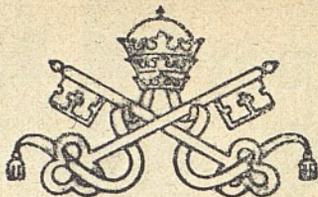


Glorioso Patriarca San José, virginal esposo de María, madre de nuestro Redentor Jesús, os rogamos fervorosamente que, junto con vuestra immaculada Esposa, intercedáis para con el Todopoderoso a fin de que ampare y proteja a la Santa Iglesia Católica y queden rotas las cadenas que oprimen al Soberano Pontífice luciendo pronto esplendoroso el día de la victoria sobre sus enemigos.

Os pedimos, en especial, el amor de cada hombre a su respectiva profesión.

ESTE NÚMERO HA SIDO SOMETIDO A LA PREVIA CENSURA MILITAR

Discurso de



S. S. el Papa

*A los socios de las Conferencias de S. Vicente de Paúl*

Sed bienvenidos, amados socios vicentinos; sed bienvenidos vosotros todos y cuantos están aquí con vosotros en espíritu, con vuestro digno presidente, con vuestro introductor, siempre tan fiel intérprete de nobles sentimientos.

Sed bienvenidos. ¿Y cómo no lo seríais vosotros, sin mengua de nadie, vosotros, de quienes se ha dicho con frase feliz que llegáis aquí conducidos y presentados por la misma reina de todas las virtudes, la santa y divina Caridad? Bella, magnífica presentación puesto que habéis hecho de la caridad una profesión de vida.

No podemos menos de retornaros aquellas palabras, que vuestra presencia nos pone en el corazón, una palabra de felicitación, acompañada por un sentimiento de gratitud paternal, porque vemos en vosotros hombres buenos, generosos, bienhechores de tantos pobres hijos que no están también aquí por la condición de sus familias y a cuyo encuentro váis vosotros, llevando el alivio de vuestro socorro material y de vuestro cristiano confortamiento. Lleváis la bendición del Padre común y la expresión de aquellos sentimientos que siempre trae a nuestro corazón la vista y el pensamiento de las miserias que por todas partes afligen a nuestros hijos. Nuestra felicitación es, pues, tan sincera, tan extensa, y, bien podríamos decirlo, tan magnífica, cuanto lo es la palabra de Dios que nos la inspira. Porque sois vosotros quienes os dáis a vosotros mismos el derecho de aquella magnífica beatitud que Dios ha proclamado: «Beatus qui intelligit super egenum et pauperem».

«Qui intelligit», esto es, que lleva al socorrido el corazón inteligente, la caridad inteligente, una caridad que se esfuerza en percibir toda la profundidad, toda la dificultad, todo el dolor de ciertas situaciones, toda la piedad de ciertas miserias. Y vuestra caridad es la que ejercitáis siguiendo las huellas de San Vicente, de aquella gran alma e inteligencia de vuestro Ozanam, inteligencia puesta al servicio de la caridad. Particularmente vosotros, jóvenes que os aplicáis en vuestros estudios, y algunos, en los grandes estudios univertarios, no podéis realizar más bello casamiento en vuestra vida: inteligencia y caridad. Y hemos oído por boca de vuestro intérprete cuán perfectamente entendéis el socorro.

También Nuestro Señor tenía una pequeña bolsa, porque necesitaba también emplear esta forma de socorro; pero además del socorro material, hay el moral. También Nuestro Señor lo practicaba.

Leyendo el Evangelio, parece a primera vista que Jesús no hizo más que sanar enfermos, y a todos los llamaba: «Venite ad me omnes.» Pero hasta prestar un poco de atención para ver y leer entre líneas que siempre el Corazón del Redentor miraba a la salud de las almas. Así hacéis vosotros y así es necesario hacer; en ello está el secreto del mejor y más profundo éxito.

¡Cuán necesario, no sólo secorrer la necesidad, sino también consolidar aquellos vínculos de fraternidad, de paz, que deben existir entre unas y otras clases! A veces vemos, con gran sentimiento y espanto, un profundo abismo entre un grado y otro de la sociedad, entre uno y otro plano. Vos-

otros, con vuestras fatigas, con vuestras visitas, consoláis la desventura y contribuís eficazmente a restablecer la paz y la concordia.

Bienaventurados seáis por ésto, particularmente por ésto. Y bienaventurados seáis por aquel bien más elevado que buscáis en el ejercicio de vuestra misión.

No hay deber como el ejercicio de la caridad para ser acreedores a la gracia de Dios. Nada ha aconsejado El más vivamente, más intensamente, desde las primeras palabras de sus labios hasta los últimos acentos con que recomendaba la caridad en el discurso de la última cena.

Añadamos a las felicitaciones otra palabra que suele unirse a aquellas, la palabra de augurio: que prosigáis por este camino, que hagáis más rápidos progresos, también en la cantidad, que es factor de magnífica substancia en el bien. Por costumbre decimos que el número no cuenta, pero cuando pensamos en las Conferencias de San Vicente, entonces, debemos confesar que también el número importa, también el número ha de ser comprendido en el augurio. «Beatus qui intelligit». Se dirige a vosotros desde nuestra boca y desde nuestro corazón aquel magnífico presagio que formulaba San Agustín: «Dilatentur spatia charitatis». Y con este anhelo os saludamos y os damos muy de corazón la bendición que habéis venido a buscar, y la damos a todos vosotros, a vuestras familias y a las cosas que amáis.»

## A gusto en la propia profesión

Con una excelencia que por sí misma reclama exista un Dios, la obra de la creación manifiesta a nuestros ojos un inmenso campo a la actividad del hombre, rey de lo creado.

La voz del Creador dijo a nuestros primeros padres «creced y multiplicaos, poblad la tierra, dominad sus elementos.» ¡Noble y hermosa misión! Mas ¡ay! vino el pecado, y tan hermoso mandato se convirtió en carga abrumadora que pesará sobre la humanidad entera como necesidad para preveer el propio sustento, por un lado; y por otro, la docilidad de los elementos se convirtió en hostilidad: «abrojos producirá la tierra». Y acechándonos en todos los progresos la muerte.

El agua, el aire, el fuego, la tierra: he aquí los primeros cuatro elementos que guiarán al hombre, que de momento ciñe sus esfuerzos a cultivar la tierra y pastorear sus rebaños. Las necesidades de la vida que cada uno de por sí no puede llenar darán origen al comerciante y al artífice, que labrará las piedras y luego los metales. En la sucesión de los días la diferente riqueza dibujará las castas que las luchas por apoderarse del bien ageno infectarán al crear la esclavitud. Las necesidades del vestir, del vivir, crearán el artesano. Y a medida que el mundo pasa de sus albores a las exquisiteces de la civilización asiria, egipcia, griega o romana, no sólo aparecen nuevas profesiones manuales, y se abren rutas a los navegantes, si no que las profesiones de la inteligencia completan el cuadro en que se mueve la humanidad que, aun en este mundo, camina siempre a mayor perfección.

El imperio romano recibe el don del nacimiento de Cristo en Belén. Es de este evento trascendental que se acrecen cada día los adelantos de la humanidad y sus hombres providenciales, hasta llegar al siglo pasado en el que parece que el Señor se ha complacido en que la humanidad, en haz se diera cuenta de las fuerzas durmientes en la naturaleza señaladas empero desde la creación del mundo... ¿Había por ventura algo más a la vista que la electricidad que en las tormentas rasgaba el espacio? Tan trascendentales descubrimientos han permitido al primer cuarto del siglo actual llegar a nuevos progresos de que la humanidad legítimamente se enorgullece.

Mas, ay, que en esta complicada máquina cada día sus piezas pretenden

que no deben girar conjunta y armoniosamente. Y vemos que hay voces airadas que claman por la agricultura, declarándola reina de todo. Otras voces, se levantan para proclamar que no hay otra reina que la industria. Con tono airado surge otra voz que declara que los intereses sagrados son los del comercio. O bien, los bienes raíces. En la algarabía contrapuesta surge una voz más y proclama que con la cultura todo quedaría resuelto. Ah, si yo gobernara, proclaman los elementos de fuerza, nadie cómo yo! Replica aún otra voz: mi misión, la misión del político es hacer la felicidad del gobernado: dejadme, y veréis. Como un trueno, unas voces roncadas dicen: «Yo, el pueblo, sólo yo, soy el rey y el amo». Nadie se entiende. Todo es puños en alto. Y en tal mar de locura falta aún anotar las voces del profesional, del artesano, del negro incivilizado, del amarillo encastado.

¡Qué locura la de la humanidad! En este mundo precioso y magnífico y ordenado que Dios crió no hay rey ni reina; no hay primero ni segundo, nada sobra ni nada falta. Sólo precisa que cada cual está en el puesto que Dios le crió, y use de las cualidades con que el Señor le dotó, y progresa y se perfecciona, que como imagen el hombre que es de Dios, por naturaleza debe tender a la perfección.

Proclamémoslo una vez más: aquí o fuera de aquí, en el Norte o en el Sur o en el Ecuador, a Oriente como a Poniente, el agricultor no es enemigo del industrial ni de nadie; ni el industrial es incompatible con el agricultor, ni el patrón con el obrero; ni el intelectual es de un mundo diferente, ni lo es el militar, ni el político. Nadie es sino parte de la humanidad que la voluntad de Dios crió y ordenó, mantiene y gobierna. Ni un solo momento torcerán los hombres el curso de los siglos. Jamás la voluntad humana prevalecerá sobre la divina.

Se ha dado del hombre la definición de que es un microcosmos, un mundo en miniatura. Tenemos cabeza, tronco y extremidades. ¿Hay algo de que debamos prescindir? ¿Hay en nuestro cuerpo algo que sea incompatible? Lo más insignificante ¿no es tan útil que su falta o alteración nos causa enfermedad o la muerte?

A Dios que porque nos ama nos ha puesto en el mundo y provee todos nuestros momentos ¿hemos de hacerle la injuria de que, en el orden de lo creado hay seres, hay organismos, hay estados que sean incompatibles! No. Antes al contrario hemos de confesarnos una parte preciosa del vasto plan divino de la creación.

Implora este mes la Asociación Josefina la intercesión de San José en súplica de que cada hombre se sienta satisfecho allí donde Dios le colocó. Que guste de su profesión, que su alma sea una nota de amor en el himno universal que toda la creación entona a su criador.

¡Qué provechoso sería para la misma humanidad que todos así lo sintiéramos! Porque así todos nos sentiríamos hermanos en el amor. El Señor acaba de mostrarnos cómo lo somos en el dolor; que cuando unos pueblos padecen los demás también padecen. Una guerra atroz arruinó pueblos enteros: nuestro país no participó en la guerra y no obstante no nos hemos librado de las consecuencias dolorosas: la vida es hoy tres veces más cara que antes de 1914. Pasada la guerra, la miseria de Rusia, tiene descompuesta la gran economía inglesa, y en pos de ella todas las demás.

La caridad es la reina de todas las virtudes. Si no amamos a Dios en sus obras en nosotros mismos, allí y cómo nos ha colocado, ni le damos gracias por los beneficios que constantemente recibimos, ni imploramos su ayuda y sus luces, ¿cómo podremos sentirnos inclinados a amarle en los demás; y más aún si en el prójimo vemos nuestro contrario?

¿La paz vuelve al mundo? Parece que se aclaran los horizontes de Europa. Contribuyamos con el amor a nuestra profesión a encender el fuego de la caridad en nosotros y alrededor de nosotros; y sintámonos hermano del industrial y del comerciante, y del labriego, del patrono, del trabajador, del infeliz salvaje, del más sibarita millonario... Miremos al calvario: de los brazos de Cristo clavado en la cruz nadie es rechazado... Miremos a lo alto: del cielo nadie es excluido... Miremos también a lo profundo: del infierno son reclamados los que odian...

## María visita a su prima Isabel

Pasadas las fuertes y santas emociones de la encarnación, María, recordando las palabras del ángel referentes a Isabel, resolvió ir a visitarla. Indicó a José su deseo de ir a visitar a su prima, cuya fecundidad milagrosa le había sido comunicada por el ángel.

Algunos herejes han pretendido que María quiso asegurarse por sus propios ojos de la verdad sobre lo que le había dicho el ángel; pero esta suposición sería tachar a la Virgen de incrédula, cosa muy distante de lo cierto; pues, como veremos, la misma Isabel al recibirla, la llamó *bienaventurada, porque había creído*. Apresuróse, pues, María, a visitar a su prima, alentada por la fe y por el espíritu de caridad de que tan fervorosamente se sentía poseída. Algunos preguntan, ¿por qué María reveló a José lo que el ángel le dijo acerca Isabel, y le calló la encarnación del Hijo de Dios? En ésto aparece descubrirse la gran prudencia y humildad de María, la cual debió pensar que a haber querido Dios que José supiese el tal misterio, el mismo arcángel Gabriel se lo hubiera comunicado, como sucedió a su tiempo; y por eso dejó el asunto en manos de la divina Providencia. Viene luego la otra cuestión de si José acompañó a la Virgen. Sería un absurdo el suponer, que María fuese sola en un viaje largo, y en la suposición de que iría acompañada, o debía ir con José o en compañía de una persona de mucha confianza. Dado el puro y grande amor que se profesaban los dos esposos, y que José se consideraba como el tutor, custodio, sostén y defensa de María, era muy natural que él mismo, y no otro, la acompañase. El Evangelio no lo dice, pero tampoco dice que fuese otra persona. Si José la acompañó, objetan algunos, ¿cómo es posible que no conociese la encarnación del Hijo de Dios por las palabras de Isabel cuando dijo: «¿De dónde me viene tanta felicidad, de que la Madre de mi Señor venga a mí?» Pero graves autores dicen, que José se adelantó a María antes de llegar a la casa, y que cuando María e Isabel se vieron y se abrazaron, José no estaba allí, sino con Zacarías, a quien consolaba por su estado de mudez. Falta aclarar otro punto, y es el de saber en qué ciudad vivían Zacarías e Isabel. El Evangelio sólo dice, que partió apresuradamente a la montaña, a una ciudad de Judá; de modo que el nombre de Judá lo es de tribu, y no de ciudad. Varias eran las ciudades sacerdotales, y aunque alguno ha dicho que había una llamada Judá, que después de la muerte de Cristo quedó arruinada e ignorada de los intérpretes, con todo no se ha dado importancia a esta aclaración.

Entre los intérpretes y doctores, hay una opinión muy común y seguida por Luca Burgense, cardenal Baronio, Calmet, A Lapidé, Natal Alexandre, San Francisco de Sales, san Ligorio, Benedicto XIII y XIV, según la cual Zacarías e Isabel vivían en la ciudad de Hebrón, en las montañas de la Judea, célebre en la sagrada Escritura por los grandes recuerdos de Abraham y David.

Algunos pretenden que en lugar de la voz Judá que se lee en el Evangelio, debe leerse Juta, Jota o Jeta, que era el nombre de una ciudad sacerdotal y de la cual era natural Isabel. Mas otros, apoyados en una tradición, afirman que Zacarías era de la ciudad de Ain-Karen, que se cree sería la antigua Ain o Aen, no lejos de Jeta, y distaba de Jerusalén solo dos leguas, y que en esta ciudad tuvo lugar la visitación de la Virgen. Esta ciudad es la que hoy día se llama San Juan, por haber nacido en ella el Bautista, pudiéndose ver el lugar en que nació, el en que estuvo oculto durante la persecución de Herodes, y la cueva en que vivió desde sus tiernos años. En sus afueras hay una capilla llamada del *Magnificat* o de la *Visitación*, levantada en el mismo lugar en que se vieron las dos primas; pues

Isabel se adelantó al encuentro de la Virgen, o según otros, no habiendo ésta encontrado a su prima en casa, le salió a su encuentro fuera de la población, y al encontrarse las dos, Isabel dijo aquellas notables palabras: *¿De dónde a mí tanto bien?* y María entonó el *Magnificat*. Esta opinión, por estar apoyada en la historia, tiene mucha fuerza. No falta quien pretenda conciliar estas opiniones, diciendo, que Jula y Ain-Karen eran poblaciones subalternas y cercanas a Hebron, y que Zacarías, aunque viviese en Hebron, iría fácilmente a pasar alguna temporada en ellas. No es muy convincente este aserto; pues Ain-Karen dista hora y media de Jerusalén, y Hebron más de siete horas. Tal vez podría admitirse que vivían en Hebron, tomando esta palabra, no por una ciudad determinada, sino por una circunscripción o territorio que comprendiese a varias poblaciones que dependiesen en algo de aquélla.

Dejando aparte esas cuestiones, veamos cómo María y José llevaron a cabo el viaje. Habiendo María comunicado a José los vivos deseos de visitar a su prima, y resuelto José acompañarla en tan largo viaje, al día siguiente dispusieron lo conveniente, y a los dos o tres días partieron apresuradamente, como dice el Evangelista, para las montañas de Judea.

Iba María montada en una pollina, y José a pie departía con ella dulces y santos coloquios, que suavizaban las penalidades de un camino áspero y fragoso. Al cabo de cuatro días, el 2 de abril, (1) llegaron al término de su viaje, y penetraron en la ciudad de Judá, donde habitaban sus parientes. José cuidó de llevar la bestezuela al establo, colocar el pequeño equipaje en un lugar correspondiente, y luego se dirigió al encuentro de Zacarías para consolarlo en su mudex, el cual dispuso todo lo necesario para que fuesen debidamente tratados tan queridos huéspedes. María se encaminó presurosa al encuentro de Isabel, a la cual saludó con aquellas palabras: *El Señor sea con vosotros*. A lo que respondió Isabel: *El mismo Señor os recompense el haberos tomado la molestia de venir a darme este consuelo*. Abrazáronse tiernamente las dos, y en medio de los trasportes de santa alegría, conmovida Isabel por la salutación de María, no pudo menos de exclamar: «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde a mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor a visitarme?» Y para expresarles los efectos maravillosos de su visita y salutación, añadió en seguida: «Pues lo mismo ha sido penetrar la voz de tu salutación en mis oídos, que ha dado saltos de júbilo el niño en mi vientre. Y bienaventurada tú que has creído las palabras del ángel; porque se cumplirán todas las cosas que te han sido reveladas por Dios.» Entonces María, llena de una profunda humildad, y como confundida de ver que Isabel había sabido por divina revelación el grandioso misterio que se había cumplido en Ella, prorrumpió en aquel cántico que no tiene igual en la liturgia sagrada por lo sublime, diciendo así: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se ha regocijado en Dios mi Salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; y he aquí que en adelante me llamarán bienaventurada el todopoderoso y cuyo nombre es santo; y cuya misericordia se derrama de todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es generación en generación sobre los que lo temen. Dió a conocer el poder de su brazo, y dispersó a los soberbios con solo el pensamiento de su mente. Derribió del solio a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes

(1) Aunque María llegó a casa de Isabel el día 2 de abril, la Iglesia no celebra esta festividad hasta el 2 de junio. Adviértase pero, que no siempre se ha celebrado en este día. En París se había celebrado el 27 de junio, en Reims a los 8 de abril, en Auranthes hasta el 1698 se celebró el 10 de abril. Benedicto XIV era de opinión que esta festividad debiera celebrarse unida con la de la Asunción. Mas como esta visita duró tres meses, la Iglesia ha preferido celebrarla más bien al fin de ellos que al principio, y con tanto mayor motivo, si, como quiere Calmet y algún otro escritor, no partió la Virgen hasta después de la circuncisión del Bautista; y como éste fué circuncidado el día 8.º, que es el 1.º de junio, la Virgen debió partir al día siguiente que es el 2, día señalado por la Iglesia para la fiesta de la Visitación.

a los pobres, y a los ricos los dejó sin nada. Acordándose de su misericordia, acogió en su seno a Israel su siervo, como había prometido a nuestros padres, a Abraham y a sus descendientes por todos los siglos.»

Los sagrados intérpretes introducen aquí la cuestión sobre si San José se quedó en Hebron durante los tres meses que, como dice el Evangelio, María estuvo en casa de Isabel. Los que opinan que volvió a Nazareth, se apoyan en que José volvió al trabajo para procurarse el pan con el sudor de su frente, y no dar lugar a manifestar aquella perfecta virginidad que mediaba entre él y la Virgen. No es de creer que fuese José tan miserable, que no pudiese prescindir del trabajo durante tres meses, y aún menos, estando en casa de sus parientes. Mas el Evangelio no hace mención de las dudas y celos de José hasta que la Virgen hubo regresado de Hebron; y de aquí es, que algunos siguen resueltamente la opinión de que, después de haber permanecido unos tres días en Hebron, José partió para Nazareth, donde en ausencia de su Esposa, le sirvió una mujer vecina y deudora. (*Mística ciudad de Dios*, p. 2, l. 3, c. 17.)

No regresó María a Nazareth antes que Isabel diese a luz a San Juan, como pretenden algunos; pues no es verosímil que en los momentos en que podía ser de mayor utilidad a su anciana pariente, la abandonase. María, pues, tuvo la dicha de recibir en sus brazos a Juan, y de prestar a la madre todos aquellos cuidados que la caridad y el amor reclamaban de María, la cual había acudido allí sin ser llamada y sólo por inspiración del Espíritu santo. Dice el Evangelio, que fué grande la alegría que reinó en el nacimiento del Bautista: y así convenía que fuese; porque siendo Juan precursor del Mesías, aquella alegría era precursora de otra mayor que reinaría al nacer Jesús. Entonces Hebron recibió a los numerosos parientes de Isabel y Zacarías, que acudieron a felicitarlos y a bendecir con ellos al Señor, que había usado tal misericordia. Pasados ocho días circuncidaron al niño, y al tratar de ponerle el nombre, querían darle el de su padre Zacarías; mas su madre se opuso, queriendo que se llamase Juan. Replicaban los circunstantes que ninguno de su linaje tenía tal nombre, y como para resolver la cuestión, pidiesen por señas a Zacarías que manifestase cual nombre quería ponerle, éste pidió a la vez con signos un estilo o punzón, y recordando el aviso del ángel, escribió pronunciando al mismo tiempo: «Juan es su nombre.» Y todos se maravillaron. Desatada ya su lengua, entonó himnos de alabanza al Señor, y lleno del Espíritu santo, que le reveló el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, entonó aquel cántico profético: «Bendito sea el Señor Dios de Israel; porque ha visitado y obrado la redención de su pueblo», y en el cual, dirigiéndose a su hijo, lo llama profeta del Altísimo, que irá delante del Señor para preparar sus caminos. Apoderóse un temor de todos los vecinos que no penetraban el sentido de las palabras de Zacarías; pero que no desconociendo lo extraordinario y prodigioso de aquellos sucesos, no cesaban de hablar de ellos por todos aquellos contornos.

Transcurridos aquellos días de santo entusiasmo, María se despidió de Zacarías y de Isabel, y con fundamento dicen algunos, que José, sabedor ya de los faustos acontecimientos, vino a buscarla, y con ella regresó a Nazareth. Aquí continuaron su primer método de vida, ocupándose en el trabajo y en la oración, socorriendo a los pobres, consolando a los enfermos y haciendo bien a todos. Según el eximio Suárez, puede piadosamente creerse, que a la Virgen, mientras tuvo al Hijo de Dios en su seno, la fué concedido el gozar de la visión beatífica de Dios. (*3 p. dig. 19, sect. 4.*) En efecto, según santo Tomás, la virgen María, por ser madre de Dios, tenía una cierta dignidad infinita, que le provenía del bien infinito que es Dios (*p. 1, q. 25, art. 6 ad 4.*), y por esto no es de extrañar, que por esta dignidad, en su género infinita, fuese elevada por un momento a gozar de la esencia divina.

J. CASTELLS, Pbro.

(De *Vida de S. José.*)

## Respuesta de una teóloga josefina

Por los años de 1869 estaba de educanda en un colegio de Mora de Ebro una niña de unos nueve años de edad, sumamente devota del glorioso Patriarca San José, a quien con infantil candor llamaba *mi Santo Abuelito*. Cumplíase en ella al pie de la letra la sentencia de Santa Teresa de Jesús, pues sus provechos y adelantos en la vida espiritual superaban en mucho sus cortos años. Discretamente devota, humilde, amable, cariñosa y aplicada, se había ganado el aprecio y estima de las Hermanas de la Consolación que la tenían bajo su gobierno.

Solamente parecía ser importuna y machacona en sus ansias y hambre verdadera de comulgar. Una y otra vez y repetidas veces lo pedía al confesor y lo solicitaba de sus maestras; y como todos se lo negaran constantemente, pretextando los pocos años de la niña, respondía ella: «ya que ustedes no me lo quieren conceder, lo pediré a mi Santo Abuelito, y él no me lo negará.» En tanto, siempre que comulgaban las demás, mirábalas Nievécitas, que así se llamaba la chica, con grande devoción, y se ponía a llorar de santa envidia. «Sí: yo lo pido a mi Santo Abuelito, repetía ella, y él me dará lo que ustedes no me quieren conceder.»

Nievécitas triunfó al fin. Estando un día de visita en aquel pueblo el Ilustrísimo señor don Benito Vilamitjana, entonces Obispo de Tortosa, pasó a descansar en el colegio; y cuando la niña conoció que el Prelado estaría para escucharla, encomendóse a San José y fué a llamar a la puerta. Al oír que decían: «¡Entren!» metióse dentro, y, arrodillándose a los pies del señor Obispo, le besó el anillo.

El Ilustrísimo señor preguntóle al momento:—¿Qué quieres, hija mía?

—Ilustrísimo señor, quisiera pedirle una gracia muy grande, muy grande; que me muero de puro desearla.

—Pues pide, hija mía; ¿qué quieres?

—Señor Obispo, ¡quisiera poder comulgar!

—¡Ah! Ya te entiendo; es que quieres ser tenida como las mayores.

—¡Oh, no! Ilustrísimo señor; quiero tan sólo unirme más estrechamente con mi Jesús.

—¡Bien! ¡Bien! Pero, ¿te sabes el catecismo?

—Ilustrísimo señor, ¡me lo sé todo!

—Vamos a ver. Dime: ¿dónde está Dios?

—En el cielo y en todo lugar—contestó la niña con humilde desparpajo.

—Entonces—dijo el Prelado—¿también está en tu bolsillo?

—También, señor—contestó la niña sonriéndose.

—¿También, niña?

—También: repuso la rapacilla.

—Pues, a ver ¿cómo lo sacas?

En esto se metió la chica la mano en el bolsillo, y estando así como parada mirando al señor Obispo y como aguardando nueva instancia, díjole el Prelado:

—Vamos a ver ¿cómo lo sacas?

A lo cual contestó el angelito:—¡Ay, Señor! ¡Es tanto y tan grande que no coge en mi mano! ¡Y tan pequeñito, pequeñito, que no lo encuentro!

Al oír el Prelado tal respuesta, se volvió al confesor del colegio, y le dijo:—¿Quién le ha enseñado esto a la niña?

—Ilustrísimo Señor: Yo creo que el Espíritu Santo, o su abuelito San José, como ella lo llama; porque yo jamás había oído ni leído cosa semejante, ni es creíble que ninguna de las monjas se lo haya enseñado.

—Pues—replicó el señor Obispo—¿por qué no le da usted la comunión?

—Señor, porque otras mayores, que tampoco comulgan, no le tengan envidia.

—¿Qué envidia!—exclamó el Prelado—. ¡Fuera contemplaciones! Déle usted la comunión. Y dirigiéndose a Nieves, le dijo:—Hija, concedida la gracia que me pides: cuando quieras puedes comulgar.—La angelical rapacilla llena de inefable júbilo, le dió las gracias por tan inefable favor, y besándole el anillo, se retiró gozosa, atribuyendo a San José la merced conseguida.

En el día señalado para la primera comunión, que fué el 21 de junio, fiesta del angélico San Luis Gonzaga, el rostro de Nievécitas estaba encarnado como una rosa, inflamado como el de un serafín; y recibido que hubo en su alma al divino Infante, no cabía en sí de satisfacción y contento. Al ver a su buena madre, que la acompañaba en la alegría, se le echó al cuello exclamando como fuera de sí, ebria de amor divino:—¡Ay, mamá! ¡Ya tengo lo que mi alma deseaba! Ahora ¡que el Señor se me lleve cuando guste, que moriré contenta!

—Y ¿por qué te has de morir, hija mía?—le dijo su madre.

—¡Mamá! Por no perder tan gran tesoro. Por no dejar de amar a mi Jesús.

Y en hecho de verdad el amor de Dios la consumió, según su confesor aseguraba; y a los dos meses de recibida su primera comunión murió la devota niña, más que de enfermedad, a fuerza del amor superior a las fuerzas de su tierno corazón. ¡Tanto había aprovechado Nievécitas en la escuela de su Santo *Abuelito*, el glorioso Sas José! Así nos lo aseguraron personas dignas de fe, y que fueron testigos del hecho.

BUTIÑA.

*Glorias de S. José.*

## El teléfono

Berta Cendrás estaba empleada, desde hacía dos años, en la casa Dumont y Compañía, banqueros del barrio de la Opera.

Vivía en la calle Davy, una callejuela que desembocaba en la avenida de Saint-Ouen, y todas las mañanas se dirigía a su oficina a pie, exceptuando los días de lluvia, en que tomaba el metropolitano.

La caminata, aunque bastante larga, no la aburría; diariamente encontraba Berta, casi en los mismos sitios, a las mismas personas que, como ella, iban a su trabajo, unas cruzándose con ella, otras con ella codeándose, dejándole atrás o viéndose por ella adelantadas.

A todas aquellas gentes sólo de vista las conocía la joven; eran desconocidos, en quienes no pensaba más que en el momento de encontrarlos, y, sin embargo, considerábalos casi como amigos y cambiaba con ellos una mirada, casi una sonrisa. Pero pasaban y los olvidaba.

Había, no obstante, uno a quien Berta no podía ver sin sentir una emoción especial que le oprimía el pecho, una emoción que se esforzaba en combatir y en dominar y que, a pesar suyo, la asaltaba todos los días, sin que de ella pudiera defenderse. Y un sentimiento indefinible embargaba el corazón de Berta cada vez que, en medio de su trabajo, recordaba de pronto al tal individuo, lo mismo cuando taquígrafaba algunas cartas en el despacho de su principal, que cuando las reproducía con la máquina de

escribir, cuyas teclas recorrían sus dedos con agilidad suma, que cuando pedía una comunicación telefónica.

Un solo servicio la mortificaba, el de la telefonía, y precisamente era ella la encargada de pedir las comunicaciones y de contestar a las llamadas. En cuanto tenía el receptor en la mano, sea por la influencia de la electricidad o por lo que fuese, Berta Cendrás, que que en su oficina era reputada como amable y servicial, se convertía en la criatura más desagradable y más brusca que darse pueda.

Así había tomado ojeriza a un tal Julián, empleado en la agencia de cambio Durand y Compañía, con quien tenía que entenderse por teléfono para las necesidades del servicio. Desde que era, dos años hacía, taquimeconógrafa en aquella casa de banca, había tenido que hablar diariamente con aquel sujeto, de quien únicamente conocía el nombre y la voz, y, a causa del teléfono, le detestaba; él también, que de ella tampoco conocía más que la voz y el nombre, se la figuraba indudablemente como una solterona de genio áspero y agriada por el celibato, cuando en realidad la muchacha contaba sólo veinte años y tenía una fisonomía sumamente agradable.

Por lo que a Berta se refiere, jamás se había preguntado cómo podía ser aquel Julián; para ella era una especie de entidad que personificaba su enemiga contra el teléfono.

Y, sin embargo, a pesar de la indiferencia que el uno por el otro sentían aquellos dos correspondientes invisibles, Julián tuvo cierta mañana una desagradable sorpresa al oír que telefoneaban de la casa de banca Dumont y Compañía y que no era la voz de Berta la que le transmitía el aparato.

Al día siguiente tampoco fué ella la que pidió comunicación.

—Tal vez esté enferma—se dijo.

La costumbre, sin que él se diese cuenta de ella, le había familiarizado con la voz de la joven, y de pronto sentía añoranza de aquella voz.

Intrigado y curioso, atravióse a preguntar al empleado que substituía a Berta:

—¿Qué no está ya en la casa la señorita Berta?

—Estos días no ha venido: la pobre muchacha ha perdido a su madre.

Julián no contestó, pero sintió como si algo le oprimiese el corazón.

En pocas horas la muerte se había llevado a la anciana madre de Berta Cendrás, y aunque la joven era fuerte y animosa, aquella pérdida era tan cruel, que llegó a sentir cansancio de la vida. El pisito aseado, lleno de objetos familiares, cada uno de los cuales le recordaba a la muerta, parecióle triste y vacío; aquella soledad a que estaba condenada en lo sucesivo pesaba dolorosamente sobre su alma; sentía una gran tristeza y un desconsuelo vago por no tener a nadie que la consolara, nadie en quien depositar sus afectos.

Por esto sintióse aliviada cuando al fin salió del piso desierto para volver a su oficina.

En la calle encontró el mismo cortejo de gentes desconocidas que la costumbre hacía familiares, y esto la confortó un poco; parecióle que estaba menos sola en el mundo, tanto más cuanto que aquellas gentes, al verla empalidecida por las lágrimas y vestida de riguroso luto, la miraron un segundo con cierto aire de conmiseración.

Pero, de todas aquellas miradas, una, sobre todo, se fijó en ella con mayor interés aún que las demás; y esa mirada era la del joven cuya graciosa elegancia y cuyos ojos azules y obscuro bigote acudían a veces a la memoria de Berta Cendrás.

El rostro de la dactilógrafa se ruborizó y su corazón latió con fuerza; sintió renacer algo de esperanza y la vida le pareció menos desagradable.

En la oficina, reanudó su labor habitual, y en la fiebre del trabajo halló momentáneo consuelo a su dolor; el teléfono fué para ella menos mortificante y hasta la voz de Julián sonó más dulce en su indulgente oído.

No obstante, vió llegar con cierta aprensión la noche, es decir, el momento en que iba a encontrarse sola, y regresó a su casa a paso lento, prolongando cuanto pudo el camino, a pesar de que hacía un frío muy intenso.

De pronto, una voz masculina la distrajo de sus amargas reflexiones; Berta, creyendo que se trataba de un importuno, siguió andando, sin hacer caso de aquella voz...

Cogió el pañuelo que el joven le entregaba; era realmente suyo y se le había caído sin que ella lo advirtiera.

—Gracias, caballero—murmuró, dejando asomar a sus labios una sonrisa imperceptible.

El joven saludó y continuó andando al lado de Berta con aire de visible turbación.

—Señorita, seguramente le pareceré a usted indiscreto; pero, esta mañana, al verla de riguroso luto, he sentido una pena... Tiene usted un aspecto tan triste...

—¡Hace pocos días que he perdido a mi madre!

El la compadeció sinceramente por su desgracia; después la conversación se hizo trivial, interrumpida por largos silencios, durante los cuales uno y otro buscaban palabras y frases para abordar cuestiones más personales. Cada uno de ellos, por su parte, hubiera querido saber lo que hacía el otro, dónde estaba empleado, cómo se llamaba...

Pero llegaron a la calle Davy sin haber podido satisfacer su curiosidad.

—Hemos llegado a mi casa—dijo Berta, deteniéndose delante de un portal.

—¡Ya!—exclamó su acompañante, con acento pesaroso.

Esta palabra turbó a los dos, que apenas se atrevían a mirarse.

—Señorita—dijo el desconocido, saludándola para despedirse—: pido a usted perdón por la indiscreción que he cometido acompañándola hasta aquí..., y voy a cometer otra, quizás mayor todavía...; pero no quisiera separarme de usted sin conocer su nombre...

—Berta Cendrás—respondió ella sin hacerse de rogar—. Y usted ¿cómo se llama?

—Julián Berelles...

—¡Señorita Berta!... ¡Señor Julián!—repitieron uno después de otro.

—¿Está usted empleada en casa Dumont y Compañía?—preguntó él, vivamente.

—Sí, y usted es, sin duda, ese señor Julián...

—El mismo; ese con quien usted no ha podido nunca entenderse por teléfono...

Berta bajó los ojos y se ruborizó.

—Espero—prosiguió Julián bajando la voz—que ahora que nos conocemos congeniaremos mejor.

Berta se sonrió y sus ojos se encontraron con los de Julián. Una misma llama brilló en sus pupilas, y cambiaron entre sí una mirada dulce como una caricia, una mirada que equivalía a una recíproca confesión.

Entonces, Julián Berelles, cogiendo la mano de Berta Cendrás, díjole con voz temblorosa por la emoción:

—Si usted quisiera, señorita Berta, seríamos compañeros, amigos..., más aún, si usted consiente en ser mi esposa... Usted no estará ya sola en el mundo..., me tendrá usted a su lado para consolarla y hacerla feliz..., puesto que la amo.

Junto a ellos, en la estrecha acera, los transeuntes iban y venían, indiferentes, mientras Berta y Julián, unidas las manos, firmaban un pacto de amor y de felicidad.



## Crónica Edificante

### **DINAMARCA.**—*Las ruinas de Haraldsted*

En 1131 el rey San Canuto fué asesinado por su hermano Magnus en Haraldsted. En los tiempos de catolicismo concurrían numerosas romerías. Los pocos católicos de hoy también concurren. Y han hecho más. Han comprado el lugar con las ruinas de la antigua iglesia y como éstos por ser monumento nacional no pueden ser tocados construyen una nueva capilla.

### **NORUEGA.**—*La readmisión de los Jesuitas*

La constitución noruega prohíbe a los jesuitas la entrada en el reino. El gobierno acaba de pedir a la Cámara que levante tal prohibición, última restricción legal a la plena libertad religiosa. En 1897 fueron autorizadas las demás Congregaciones. Prácticamente no ha tenido efecto. Los jesuitas tienen intención de establecerse en el viejo monasterio de Ulsten, que sería el primer convento noruego después del protestantismo.

### **UGANDA.**—*La primera misa de un sacerdote negro.*

En mayo 1923 fué ordenado sacerdote Juan Birirabika que celebró su primera misa en agosto, ante una multitud de compatriotas. El sultán, protestante, se felicitó con el nuevo sacerdote, muy su amigo. El P. Samson, que trasmite la noticia, augura óptimos resultados del fecundo apostolado del nuevo sacerdote indígena.

### **ALEMANIA** —*Centenario de la venerable Ana Catalina Emmerich.*

El 9 de febrero de 1824 murió en Duebnen tan notable sierva de Dios. Ha cumplido pues el centenario. La noche del 9 fué iluminada artísticamente su tumba. El 10 el obispo Johannes celebró en Münster un solemne pontifical. El P. Donders predicó de la venerable, cuyos ejemplos de virtud y sufrimientos propuso como consuelo a las desventuras actuales de los alemanes.

### **JAPON.**—*Noticias de misiones.*

Si una misión ha de ser querida por los Jesuitas lo ha de ser la del Japón, teatro del apostolado de S. Francisco Xavier. Los jesuitas se instalaron nuevamente, después de terribles persecuciones, en 1908. Fundaron una Universidad en Tokyo, titulada *Yochi Daigaki*, la Divina Sabiduría, cuya fundación fué verdaderamente obra de Pío X. Se abrió en 1913 en un pabellón de los palacios imperiales y en 1921 contaba 135 estudiantes. El reciente terremoto se ha hecho sentir; pero continúa su vida.

En 1922 los mismos jesuitas fundaron la Misión de Hiroshima que cuenta con un millar de católicos y una escuela superior femenina con 380 alumnas, de las que sólo 9 son cristianas.

# Limosnas recaudadas en Mayo de 1924

por la Asociación espiritual de devotos de San José, de España,  
para la construcción de su monumental

## Templo Expiatorio de la Sagrada Familia

### GRACIAS PONTIFICIAS CONCEDIDAS A ESTAS LIMOSNAS

PIO IX	: Su bendición apostólica y 100 días de indulgencias.
LEON XII	: Su bendición apostólica.
PIO X	: Su bendición apostólica y 30 días de indulgencia.
BENEDICTO XV	: Siete años y siete cuarentenas de indulgencia.
PIO XI	: Su bendición apostólica.

*Confusos los nombres y los pueblos forzosamente hemos de equívocarnos.*

ABAIGAR.—Vicente Gómez por favores recibidos y otros que espera,	5	Leopoldo Reverter, 2; Encarnación Surroca y Grau, en sufragio de sus queridos padres y hermana Mercedes, 6; Señor Pouplana, 1; R. E. por sus difuntos y demás intenciones, 1'40; José Franch, 1; José Corominas Pbro, 1; Ramona Volart, viuda de Permany, a sus intenciones, 1; F. G., implorando la protección de la Sagrada Familia, 1'25; Recogido en los cepillos del templo, 202	1258'54
ALMARIZ.—Laureana Pazos y Rodríguez, 260		BANOLAS.—P. Surribas en acción de gracias por un favor recibido,	10
ALLO.—Isabel de G. pidiendo una buena muerte para su familia, 5; Adriana Abadía por favores recibidos, 5; Una devota agradecida a S. José, 5	15	BARINDANO.—Un devoto,	1
ALLOZ.—Donata Arrese,	10	BEARIN.—Una devota, 2; Otra id. por favores recibidos, 2; Catalina Osteasu por su favor recibido y otros y que espera, 10	14
AMILLANO.—Un devoto por favores recibidos,	1	BELORADO.—Una devota Josefina por un favor que publica en la sección,	5
ANCIN.—Un devoto,	1	BELLTALL.—Dalmacio Llebaria, 1; Francisco Fabregat Iglesias, 0'50; Mercé Roset, 15, 16'50	
ANIZ.—Josefa Irigoyen en acción de gracias por un favor recibido y para obtener buena muerte toda la familia,	7	BENAVENTE.—Encarnación Muñoz por favores recibidos,	5
ARANDIGOYEN.—Una devota, 1; Otra id. 2; Otra id. 5; Simón Goicoechea, 5; Simón Goicoechea, 5	18	BERGA.—Antonio Florejachs,	2
ARENYS DE MAR.—Una familia por favores recibidos y otros que espera, 5; Una familia D. para que San José la proteja, 5; Francisco Amigo, 0'25	10'25	BETANZOS.—Carmen Valderrama por un gran favor que espera del glorioso Patriarcac,	3
ARIZALETA.—Por favores recibidos, 2; Id. id., 1	3	CALDAS DE MONTBUY.—S. R., por un favor que publica en la sección,	35
ARMENTERA.—José Vergés,	0'50	CALDERS.—María Bosch, por un favor que publica en la sección,	5
ARRONIZ.—Carmen Baraudalla,	1	CALELLA.—Un devoto,	5
ARTABIA.—Una devota,	2	CANET DE MAR.—Mariano Serra, 1'50; Concepción Barrecheguren, 1'50; Francisco X. Serra Barrecheguren, 1; Dolores Viñas de Serra, 1; Concepción Serra Barrecheguren, 1; Mercedes Serra Barrecheguren, 1; Montserrat Serra Barrecheguren, 1	8
AYEGUI.—Una devota por favores que espera, 5; Otra id., 1; Otra id., 1; Otra id., 0'50	7'50	CAMAGUEY.—Arturo Acosta, por una gracia concedida,	21'60
AZNALCOLLAR.—José Rodríguez por un favor recibido y en cumplimiento de promesa, 5		CARCASTILLO.—Las Hermanas Gerarda y Libia Aquerri,	9
BADALONA.—Josefa Perpiñá de Bonet, 1		CASTELLCIUDAD.—Buenaventura Blasi, 1	
Barcelona.— <i>Limosnas mensuales. El importe de las recaudadas va comprendido en la suma de las limosnas conforme a los comprobantes que tenemos a disposición de los señores donantes y suscriptores; pero por su gran extensión, que cada mes se repetiría igual, no las publicamos a fin de que quede mayor espacio para el resto del texto.</i>		CASTELLOTE.—Concepción Plana Santa Pau, 1; Concepción Lara, 0'50	1'50
BARCELONA.—P. Mañach, 64'85; Familia Pérez por un gran favor alcanzado, 100; Un Catalanista, 50; Un devoto, 1; J. F. A. por un favor recibido, 2; P. S., 10; M. P. por una gracia alcanzada de San José, 10; Ramón Porqueras, 5; Emilia S. por un favor recibido, 1; Un devoto, 1; Una devota en acción de gracias por un favor recibido, 5; A la memoria de Irene Artigas, 5; Id. de José Onet, 5; A. B., 2'50; Agustín Masalias, 10; A. E. en acción de gracias por la feliz operación de su hermana, 5; A. M. por favores recibidos y otros que espera, 5; Dolores Riudor, por su difunto padre, 5; Mauricio Carrió, por favores recibidos, 1; F. C. y C. C. implorando la protección de la Sagrada Familia, 2'50;		CASTELLVELL Y VILAR.—Una familia devota por favores recibidos,	5
		CEBREROS.—Florencia López, por un favor que espera alcanzar, 5; La misma por una gracia concedida, 5; José J. Antón, en acción de gracias por favores recibidos y otros que espera, 25	35-
		CODONERA.—Carmen Molins,	3
		COLONIA BONMARTI.—Torras Hostench, 4	
		DICASTILLO.—Andrés Macua, por favores recibidos,	2
		ECALA.—Basillisa López, por un favor recibido, 1; Fructuosa San Martín, id., 1	
		EHEVARRI.—Una devota por favores recibidos, 20; Dos devotos, 1'25	21'25

- ELCIEGO.**—Inocente Pombo, por favores alcanzados, 2  
**ERAUL.**—Una devota, 0'50  
**ESTELLA.**—Una devota en acción de gracias, 5; Un devoto por favores recibidos, 2; Otro id., id., 2; María Escalona, por id., 2; Otro, id., 2; Maria Zabalegui, Josefina agradecida, 10; Amalia Corroza, 5; Una devota, 1; Otra id., 1 30  
**ETAYO.**—Srta. de Pascual, 7  
**FALSET.**—Una devota por favor recibido, 5  
**GARISOAIN.**—Maximino Navarcorena, 5; Recogido en el Platillo, 4'70, 3'70  
**GERONA.**—Consuelo Simón, 5  
**GROCIN.**—Una devota, 5; Otra id., 7 12  
**HARO.**—La Superiora y demás Hermanas de la Caridad por un favor que desean alcanzar del Patriarca, 5  
**HINOJOSA DEL CAMPO.**—Millán Lozano, 2'25  
**HOSPITALET DE LLOBREGAT.**—M. F., en acción de gracias por favores alcanzados, 2; La misma para alcanzar una favorable solución de un favor muy deseado, 3 5  
**IGUSQUIZA.**—Un devoto por favores recibidos, 2'25  
**IRANETA.**—Un sacerdote una moneda de oro que en el cambio ha valido, 27'30  
**JAEN.**—Un devoto, 30  
**LACAR.**—Una devota, 1  
**LAS PLANAS.**—José Collell, para que el Santo le proteja, 2  
**LAS PRESAS.**—José Colomer, 2  
**LEON.**—Domingo Maseres, por un favor recibido, 10  
**LERATE.**—Celestino Ancin, 1'75  
**LERIDA.**—F. S., cumpliendo promesa, 10  
**LERIN.**—Ciriaco Alonso, 1; Wenceslao Alonso, 1; A. G., 1; Manuel Murugarren, 1 4  
**LEZAUN.**—Una suscriptora, 5; Otra id., 2; Una devota, 2 9  
**LORCA.**—Una devota, 2; Una devota por favores recibidos, 1'20; Elvira Baduel en cumplimiento de promesa, 5; Josefa Mazón por un favor que publica en la sección, 10 18'20  
**LUDIENTE.**—Josefa Peris, 5  
**LAGOSTERA.**—Una devota por favores recibidos, 5  
**MADRID.**—Una madre agradecida por haber conseguido su hijo un destino, 125; Bernardino Blanquer, implorando el Patrocinio de San José, 9; El mismo, un donativo, id., 20; El mismo, id., 13 167  
**MARTORELLAS.**—Teresa Font, por un favor recibido, 2; La misma por favor que desea alcanzar, 2 4  
**MATARO.**—Una familia devota, 2; José Viladvall y Matheu, 1 3  
**MOLINO DE SAN FAUSTO.**—Una devota, 5  
**MOLLET.**—Ignacio Vidal, 1  
**MOYA.**—N. A., por favores recibidos, 100; Tomás Vidal, 2; Eduardo Oller, 1 103  
**MUNETÁ.**—Una devota, 2  
**MURUGARREN.**—Una devota, 2'50  
**NOVELETA.**—Lucía Hidalgo, por favores recibidos, 2  
**OCO.**—Una devota por favores recibidos y otros que espera, 1'50 Nicasia Zuasti, por id., 2; Ambrosia Irurzun, id., id., 2 5'50  
**OLEJUA.**—Dos devotas, 1'50  
**OLSNELLAS.**—Jaime Bosch en cumplimiento de promesa por un favor recibido, 2  
**OLLOGOYEN.**—Una familia devota por un favor recibido, 2'50; Un devoto, 5 7'50  
**OSOR.**—Joaquín Casasas, 2; Paciencia Masaguer de Casasas, 2 4  
**OTEIZA.**—Nicolasa Ayucar, 3; Una familia agradecida, 7; Una devota por favores recibidos, 1; Otra, id., id., 5; Otra, id., id., 3 15  
**PALMA.**—Margarita de San Simón, por favores recibidos y otros que espera del glorioso San José, 25  
**PAMPLONA.**—V. Seminario, pidiendo tres gracias, 9; María Zazu por favores recibidos de San José, 5 14  
**PARLABA.**—Salvio Rohés Vila, por favores recibidos, 1  
**PITILLAS.**—Eusebia Oneca, 1  
**PONTEVEDRA.**—José Muñíos, 5  
**PRATS DE LLUSANES.**—J. V., por un favor recibido, 5; S. M., por id. y otro que espera, 5 10  
**REUS.**—Francisco Roset, 10; Carolina Navarro, por favores recibidos, 2; Josefa Noguera, pidiendo a San José la salud de su hijo, 10; M. P., por un favor recibido, 5 27  
**SABADELL.**—Unos devotos en acción de gracias, por favores recibidos, 17  
**SADA.**—Una suscriptora, 3; F.ia Beperet, 2; P. S., 1 6  
**SALAMANCA.**—María Lerchundi de P. Cardenal, 1  
**SANAHUJA.**—José Villela, 10  
**SAN ESTEBAN SARROVIRAS.**—F. S. y esposa, 1  
**SAN HILARIO SACALM.**—Una familia a sus intenciones (enero a mayo), 5  
**SAN JORDI DESVALLS.**—Antonia Musquera, por gracias alcanzadas y otras que espera, 7  
**SAN JUAN DE VILASAR.**—F. S., 1; S. R., 0'50 1'50  
**SAN JULIAN DE VILATORTA.**—Un devoto, 2 36  
**SAN MARTI DE MALDA.**—Josefa Ortiz de Bonet, 1  
**SAN MARTIN DE AMESCOA.**—Una suscriptora por un favor recibido y otro que espera, 5; Otra, id., id., 1; M. D., a sus intenciones, 1; B. A., por favor según publica en la sección, 7 14  
**SAN MARTIN DE P.**—Una devota 2  
**SAN MARTIN DE PROVENSAIS.**—Angela Mispoulet, 0'50; Angela Faure, 0'50; Margarita Alsina, 2 3  
**SAN QUIRICO DE BESORA.**—Un devoto, 5  
**SANS.**—Francisca Pascual, viuda de Farré, 1; Teresa Pascual, 0'50 1'50  
**SANTA COLOMA DE FARNES.**—Luis Albó, Pbro., 2  
**SANTA MARIA DE BESORA.**—Un devoto, 2  
**SANTA MARIA DE CORCO.**—Asunción Verdager, por un favor recibido, 25  
**SEVA.**—Un devoto de San José por favores recibidos, 225; Francisca Mir, 10 235  
**SOLLER.**—Miguel Arbona, en acción de gracias por favores recibidos, 10  
**TAMARITE DE LITERA.**—Celestino Falcó, 3  
**TARRASA.**—M. M., en memoria de su esposa, 1; D. U., 1; Unos devotos, 5 7  
**TORELLO.**—María Dot, por un favor que publica en la sección, 2  
**UBAGO.**—N. E., por un favor, según publica en la sección, 50  
**UGAR.**—Un devoto por favores recibidos, 2  
**VICH.**—Un devoto, 2; José Ciará, 1; José Raullet, 1 4  
**VILLANUEVA.**—Un devoto por favores recibidos, 5  
**VILLATUERTA.**—Una devota, 2; Otra id., 5; Otra id., 1; Otra id., por favores recibidos, 1; Otra id., 1; Otra id., por la salud de su hermana, 5; Un devoto V. C., 5; C. O., 1 21  
**ZARAGOZA.**—Una devota por favores recibidos de San José, 10; Paulina Sallent para que San José la favorezca y proteja en todo 5; Clara Loscertales, 5; M. Iltre. Sr. don Vicente Cardenal, 5; Carmen Pina a su intención, 5 30  
**PROCEDENCIA IGNORADA.**—Una devota, 5; otra, 1'50; L. A., por favores recibidos y otros que espera, 3; León Sanz, por id., recibidos, 3 12'50

## EL JACO DEL TÍO FACHENDA

(CONTINUACIÓN)

En vano Satán forcejaba por desasirse. La tempestad iba menguando.

—Suelta o te ahogo.

—No será sin que me cures mi brazo derecho.

—Dame tu alma.

—Nunca. ¡Virgen de Montserrat!

—Calla, calla, bramaba el diablo saltando furioso.

—Sáname.

—Dame tu cuerpo siquiera.

—Jamás. Madre del Salvador, acógeme.

La tempestad había cesado por completo.

—Enmudece, miserable.

—Cúrame, añadía el viejo apretando más y más el rabo y siguiendo invocando a la Virgen.

—Dame el caballo siquiera.

—¡Ay mi pobre jaco, mi gozo! No, no, jamás.

Dicen que el jaco relinchó. Si sería de gratitud no lo aclara el cuento.

—Pues dame algo, porque yo de balde no curo.

El diablo en aquella ocasión no hacía más que lo que practican la mayoría de los secuaces de Hipócrates.

El tío Pedro por toda concesión gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Montserrat! ¡Montserrat!

Las nubes se disipaban.

El demonio pegó un bufido indescriptible.

—Calla, tronó.

—Sáname.

—Concede.

—Ya que es preciso, dijo el tío Fachenda guiñando los cuartos traseros de su jaco, te concedo para después de su muerte, el rabo de mi caballo.

Satanás miró a su vez y puso un gesto avinagrado al observar que era rabón. Con todo se agachó; tocó el brazo derecho del pobre viejo cuyo dolor desapareció instantáneamente, pero al hacerlo lo comprimió con tal fuerza que el pobre, nadando en sudor, suspiró un ¡ay! tan doloroso, capaz de enternecer a quien no hubiera sido el diablo en persona, y soltó el rabo invocando a la Virgen de Montserrat. Satán lanzó un rugido infernal. Una ráfaga de viento disipó las nubes que empañaban el claro cielo, y el más puro sol de primavera penetrando por las rendijas de la ventana, despertó al tío Pedro víctima de una terrible pesadilla. Había soñado con el espíritu maligno.

### III

Figúrate, lector querido, cuál sería la sorpresa del tío Fachenda, cuando despierto se encontró con los brazos sanos y sin resto alguno de su antiguo dolor. Al principio se creyó víctima todavía de su angustioso sueño, y fué necesario para convencerse de que estaba despierto bajar a la cuadra donde encontró a su jaco más alegre que unas carnestolendas. Pero la admiración llegó a su colmo cuando supo, por unos trajineros, que durante la tempestad de la noche, un rayo había caído en Santa Digna y destrozado una parte de la ermita. El tío Pedro no sabía qué pensar ni qué hacerse, pero como buen cristiano que era consultó con el señor cura su sueño, el que lo atribuyó a efecto de su excitada imaginación a causa de su estado febril, así como su cura al copioso sudor que según él le sobrevino durante su descomunal combate con el diablo.

Tornó con la salud la alegría, con ella los cantares, cuentos y chascarrillos, y con éstos el completo olvido de su endiablada pesadilla.

En tanto el jaco, por un fenómeno inexplicable, de rabón que era, empezó a brotarle la cola más hermosa que caballo alguno haya tenido jamás, con gran admiración del lugar y mayor refocilamiento del tío Fachenda, que entonces sí que se puso más vano que una calabaza y más decididor que saco de nueces.

Pero no hay miel sin hiel: lo que prueba que en este mundo nada hay estable, y que las satisfacciones son tan pasajeras, que apenas dejan surco en el campo de nuestra vida.

De la noche a la mañana el menguado caballejo empezó a perder el apetito, con gran asombro de su amo. En vano le brindaba algarrobas, cebada y avena fresca: nada: el caballo iba enflaqueciendo visiblemente; pero no por esto dejaba al rabo de crecer de un modo maravilloso. Por fin determinóse nuestro viejo a ir en busca del albéitar; y mientras iba cantando al son del alegre fandango:

Yo tengo un caballo bayo  
Que no le llevo a entender,  
Yo le doy paja y cebada  
Y no la quiere comer.  
¡Ay pobre caballo bayo!

Volvióse a su casa acompañado del señor Simón. Sangróse al jaco, refrescósele; pero todo fué inútil. La pobre bestia expiró sacudiendo la cola como si estuviera azogado. El tío Pedro lloró la temprana muerte de su jamelgo, y el señor Simón cortó el rabo, salvo permiso del amo, para aventar las moscas a las caballerías que le llevasen a herrar.

#### IV

Era el señor Simón el albéitar, un hombre de unos sesenta años, bajito de cuerpo, con un abdomen muy respetable y unas narices muy pronunciadas; tenía los ojos vivos y azules, y una palabrería que si bien las más de las veces nada decía, para los aldeanos que le escuchaban era un oráculo, por la sencilla razón sin duda, de que se quedaban a oscuras en los discursos que les espetaba a toda hora. No faltó quien observó esto y le pegó el mote de el señor Simón *el Loro*.

Ejercía como consecuencia de su arte el oficio de herrador, y como era el único en la aldea tenía una numerosa clientela *sui generis*.

Unos días después de la muerte del célebre jaco se presentaron algunos parroquianos a quien herrar, y como de costumbre al hacerse la operación tuvo que aventárseles las importunas moscas al objeto de que estuvieran quietos; pero con gran admiración del albéitar, a cuantas caballerías tocaba con el dichoso rabo brincaban de gusto y cocebaban de un modo tal que el pobre señor Simón se ponía sofocado. Bien pronto voló la nueva de que el tío Loro había echado mala mano y empezaron a emigrar parroquianos de su casa, lo que ponía al señor Simón de un humor intolerable.

Si por una de aquellas curiosidades infantiles se acercaban los chicos para ver herrar algún jumento, por amable que estuviera al apartarles, como lo llegara a hacer con el consabido rabo ¡aquí era ella! a cuantos tocaba ponían el grito al cielo, pero con tan desaforadas voces que se alborotaba el lugar.

Era natural que a los gritos del angelito, compareciese la madre y empezase un diálogo por este estilo:

EDUARDO VIDAL.

(Seguirá)

## CORRESPONDENCIA de la Administración

Cartas, con sus giros, recibidas  
del 10 al 25 de Junio

Oviedo, J. R. — Pitillas, P. L. — Bilbao,  
C. A. — Castellnou, I. B. — Bilbao, C. L. —  
Rafelcofer, M. R. C. — Santander, M. A. —  
Miranda, V. L. — Madrid, C. C. — Tiebas, F.  
J. — Monterroso, A. S. — León, D. M. — La  
Bisbal, M. S. — Caravaca, T. B. — Amorebie-  
ta, M. E. — Bilbao, C. L. — Rólova, V. M. S.  
— Alzola, J. J. B. — Berastegui, R. G. — Ante-  
quera, J. C. — Membrilla, A. O. — Vitoria, L.  
D. P. — Fuentepelayo, R. G. — Iruirita, S. I. —  
Madrid, M. R. — Puente la Reina, H. L. —  
Castellnou, I. B. — Orellana la Vieja, R. C. —  
Avilés, A. B. — Logroño, V. S. O.

## GIROS POSTALES SIN APLICAR POR CARECER DE INSTRUCCIONES

Día	Población	Remitente	Plas.
<i>(Del mes de Mayo y Junio de 1924.)</i>			
2 - V	- Guimerá,	Cura Párroco .	31'80
2 - »	- Potes,	Benjamin García .	7'50
5 - »	- Elche,	Serrano . . . . .	37'40
14 - »	- Binefar,	Pilar Tenez . . . . .	9'29
14 - »	- Corbera,	José Alvarez . . . . .	12'35
16 - »	- Tordesillas,	A. Vargas . . . . .	4'40
17 - »	- Villena,	Hernández . . . . .	60
27 - »	- Vitoria,	Eguiluz . . . . .	5'—
6 - VI	- Tortosa,	Vicente Cosme . . . . .	2'10
7 - »	- Villabragima,	Fra. Martín . . . . .	5'—
7 - »	- Leon,	S. de la Vega . . . . .	25'40
7 - »	- Tafalla,	B. Elorz . . . . .	5'—
16 - »	- San Javier,	J. Carrion . . . . .	1'65

## Los Propagadores que no se reciben

Rectificadas todas las direcciones por un Sr. Oficial de correos;

Reimpresas todas las fajas en que había algún error; Compulsadas a **cada envío** cada una de las fajas con el libro de suscriptores;

Anotados en **cada envío** todos los paquetes y cajas obligado por la Inspección del Timbre para el franqueo concertado;

*Hay aun suscriptor que nos manifiesta no recibe el Propagador.*

Encarecidamente rogamos que cuando un número falte se nos reclame enseguida, y lo podremos servir inmediatamente.

Si falta más de una vez, avísenos diciéndolo para avisar en Correos a fin de que se vea qué pasa.

Si hay peatón hagase especialmente.

Si se espera a fin de año, no es fácil servir todos los números atrasados.

Si se dice: *no recibo casi ni un número*, la reclamación es demasiado vaga y no podemos hacer nada.

# Templo expiatorio de la Sagrada Familia FOTOGRAFÍAS ZERKOWITZ

(tamaño 22 × 16'50 cms.)

Precio: Una, 1'50 Ptas.

## La GOLECCIÓN COMPLETA bajo cubierta ilustrada, 15 Ptas.

- N.º 1. Vista de todo el conjunto y emplazamiento (Abside y fachada, locales de servicios religiosos, dirección, talleres, escuelas, explanada, gufa, etc.)
- N.º 2. Vista del conjunto desde el lado E.
- N.º 3. Vista total de la fachada de Navidad y campanarios con el ábside.
- N.º 4. Las tres puertas de la fachada de Navidad incluso la lonja de la coronación.
- N.º 5. Las tres puertas de la fachada de Navidad hasta los cupulines de los claustros
- N.º 6. Detalle de la mitad E. de la fachada.
- N.º 7.       >       >       > O.       >       >
- N.º 8. Conjunto interior del ábside y fachada Navidad.
- N.º 9. Conjunto monumental del ábside.
- N.º 10. Pináculos.
- N.º 11. Puerta del Rosario en el Claustro.
- 12. N.º Cripta.

En cartulina  
crème o sepia  
2 ptas. cada uno

MES DE JULIO (a Nuestra Sra. del Carmen) a 0'50 Ptas.

MES DE AGOSTO (al Corazón de Maria) a 1'75 Ptas.

## Vida de Jesucristo y su Santísima Madre por la Vble. ANA CATALINA EMMERICH

PRECIO: 12 ptas., certificado, 12'40

## VIDA DE S. S. PÍO X

Abierto el proceso de canonización del Papa  
de la Eucaristía, qué encanto leer su vida...

PRECIO: 4 Ptas. (por correo certificado, 4'25 Ptas.)

## LA SEÑORITA FIDIAS

por CURRO VARGAS

PRECIO: 5 ptas.

Correo, 5'20